

Julio Valle Castillo

**POETAS MODERNISTAS
DE NICARAGUA**

1880 -- 1927



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
F U N D A C I O N
www.enriquebolanos.org

**INTRODUCCIÓN, SELECCIÓN Y NOTAS
DE JULIO VALLE - CASTILLO**



A
mi padre
SR. DN. FRANCISCO XAVIER CASTILLO MASIS,
quien me enseñó a amar a los modernistas.

PRIMERA PARTE

1

ROMÁN MAYORGA RIVAS

ROMÁN MAYORGA RIVAS

(León: ¿ ? 1861 — San Salvador, El Salvador: 28 de diciembre de 1925)

Hijo del licenciado Cleto Mayorga, versificador y político; nieto de Patricio Rivas, expresidente de Nicaragua y poeta ocasional, y hermano de José María, poeta también, quien cayó peleando en Tegucigalpa en 1894, cuando el general Zelaya depuso al dictador hondureño Domingo Vásquez —su muerte fue llorada por Martí, Darío e Ismael Enríquez Arciniegas—, Román Mayorga Rivas creció, pues, en el seno de una familia de intelectuales y, como era de esperarse, se inició literariamente desde muy temprano y obtuvo una excepcional cultura. Sabía varios idiomas: francés, inglés, italiano y portugués. A los 12 años, en 1873, ingresó al prestigioso colegio de los profesores Hildebrando Martí y Anselmo Valdés en El Salvador. En 1877 retornó a su patria y en 1878 viajó de nuevo a El Salvador, pero ahora en calidad de secretario del doctor Tomás Ayón, quien buscaba datos y documentos para redactar su historia. Tal oportunidad fue aprovechada por Mayorga Rivas para ingresar activa y brillantemente en la vida literaria salvadoreña: fundó el *Diario del Comercio* en compañía de Federico Proaño y Francisco Castañeda, se relacionó y hasta escribió con Francisco Gavidia —el pretendido maestro de los alejandrinos franceses de Darío— el drama “Los misterios del hogar”, colaboró en *La Opinión Pública*, *El Pueblo*, *El Ciudadano* y *La Juventud*, y seleccionó y anotó la *Guirnalda salvadoreña*, antología en dos tomos, que prologada por el propio historiador Tomás Ayón, se imprimió en El Salvador en 1884 y 1886. A fines de 1879 y comienzos de 1880 participa igualmente del movimiento intelectual de León, Nicaragua: frecuente

a los jesuitas —procuradores de Humanidades—, colabora en *El Ensayo* y el adolescente Rubén Darío le dedica “al dulce vate” Mayorga Rivas la oda titulada “Naturaleza”; este mismo año se haya dirigiendo en El Salvador otro periódico que ha fundado, *La Nación*. En 1882 vuelve a reunirse con Darío y en una velada patriótica en el mes de septiembre escriben un poema al alimón. De 1884 a 1888 vive en su tierra natal: contrae matrimonio con una aristocrática dama granadina y trabaja de redactor en *El Independiente* de Granada y en negocios personales en León. En 1889 el gobierno de Evaristo Carazo lo nombra secretario de la delegación nicaragüense en Washington y este puesto le permite entablar —al parecer por cartas y artículos— una honda amistad con el gran polígrafo y libertador cubano José Martí. En 1895 funda el dinámico y moderno *Diario del Salvador*, y en 1906 es enviado dentro de la representación de esta república a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, Brasil, en la que se reencuentra con Darío, que desempeña el mismo cargo, pero a nombre de Nicaragua. En 1909 regresó a su país de origen y en 1910, cuando la presidencia del doctor José Madriz fue subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Mientras tanto sus piezas creativas aparecían en las siguientes revistas de Nicaragua: *La Patria*, *Azul* y *Los Domingos*. En atención a sus conocimientos y méritos la Real Academia Española de la lengua y la Academia Salvadoreña lo contaron entre sus miembros honorarios. En 1915 publicó su único libro de versos, *Viejo y nuevo*, donde recoge, además de sus poemas, las “Paráfrasis y versiones libres” de románticos, parnasianos y simbolistas, y de los poetas norteamericanos puestos de moda por Baudelaire: Edgar A. Poe y Longfellow; estas traducciones fomentaron los gustos literarios de la época y mucho antes de integrar la sección de su poemario se difundieron en órganos como la *Revista Ilustrada de Nueva York*. Román Mayorga Rivas, lo mismo que nuestros mejores vasos comunicantes, supo repartir su existencia y labores de diplomático, político, traductor, antólogo, periodista, orador y poeta entre Nicaragua y El Salvador; así, pues, se le debe considerar uno de los principales motores para la propagación del modernismo y para la creación de la prensa moderna en Centroamérica.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poesía: *Viejo y nuevo*. San Salvador, Diario del Salvador, 1915.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1921, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Poesía mariana nicaragüense (Antología)*. *Idem*. 1954; y *Antología de sonetos nicaragüenses*, *Ventana*, León, octubre-diciembre de 1963, año 4, núm. 19.

Estudios sobre el autor: José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional, 1963, vol. 5.

VENUS PÚDICA

I

El agua en el estanque está dormida
y la coronan pétalos de rosa,
a la indecisa claridad hermosa
de una aurora triunfal que vierte vida.

Se dejó para el baño prevenida,
límpida, y enflorada y olorosa.
y ya llega la niña pudorosa
al borde del estanque, desvestida.

Toca la linfa con el pie, y al frío
beso que siente, a echarse no se atreve;
mas al mirar en el bosque umbrío

que la contempla un cazador aleve,
de pronto entrega al estancado río
su cuerpo virginal de rosa y nieve. . .

EN LA CATEDRAL

Son las tres de la tarde. En la vieja
catedral no se siente el bochorno
de este día de fuego. Está fresca
y callada y sombría. Hacia el coro

se encaminan al rezo litúrgico
de vigilia, los viejos canónigos;
sus asientos ocupan, y al punto
rompe en roncadas salmodias el órgano.

Tiene un tono monótono el canto
de los místicos trémulos labios,
y se duerme en las ondas del aire

con bostezos de sueño y pereza,
mientras arde la vida, despierta
en el himno triunfal de la calle.

CISNE NEGRO

En las dormidas aguas del estanque,
góndola de azabache, un cisne negro,
a la luz moribunda de la tarde
bogando va con sus callados remos.

Cuentan que un día, como flor del aire,
cayó una garza en el estanque terso,
que repelióla el cisne, y que, al instante
de un picotazo lo dejó ella ciego.

Voló, huyendo veloz, la nívea garza
y, aunque sin ver el cisne, victorioso
sintióse, único rey de sus dominios,

y así, desde que nace la mañana
hasta que muere el sol, los cruza solo,
negro como el dolor y pensativo.

ISLAS DEL GRAN LAGO

(Fragmento)

En el enorme lago —el mar de Nicaragua—
veloz con el buen viento navega una piragua
que hace más pequeña la inmensidad del agua.

El claro sol del día pone al aire radiante;
su luz cae en el lago cual lluvia de diamante
y se irisa y disuelve en la masa ondulante.

En el lindo horizonte de aquel hermoso día
la indígena piragua un ave parecía
que con vuelo anheloso a la playa venía.

El viento de las islas, que en la vasta llanura
del lago surgen mágicas, todas flor y verdura,
sopla sobre Granada su aliento de frescura.

Y en inmensas bandadas, aves multicolores
en torno a las islas, como del aire flores,
vibrar hacen la atmósfera con más brillo y rumores.

Entre unas y otras islas forma el agua canales,
donde al llegar el viento con sus alas triunfantes,
las abate rendido en los mansos cristales.

En desmayo de sueño, sobre esa agua callada
de los isleños bordes cae la fruta dorada
del naranjo y del mango. La linfa conturbada,

cual si le diera dolor y escalofrío,
en círculos se arruga, y exhala un murmurío
que se prolonga trémulo y sordo en el vacío.

De las islas en medio, con empuje galano,
las palmeras se yerguen; y de su fruto ufano,
tremola sus penachos el pródigo banano.

En la hermosa arboleda, fulge la pedrería
de los rayos del sol. En gran algarabía
aletean los pájaros entre el fulgor del día

y asustada se escapa una ardilla que muerde
en la fruta de un árbol, cuando llega una verde
bandada de pericos que en el árbol se pierde;

en tanto que del aire en las ondas serenas
como sarta de rosas, violetas y azucenas
vuelan las garzas blancas, rosadas y morenas.

Las islas, cual chinampas, no flotan en el vago
vaivén de la onda pérfida; sólo sienten su halago
y les sirve de espejo el claro azul del lago.

LAS MARIPOSAS

(*Théophile Gautier*)

Si a las mariposas contemplo que vuelan
en raudas bandadas, con rumbo hacia allá,
fugaz mariposa quisiera volverme
y, el ala agitando, los aires cruzar.

Entonces volara entre mucho jardines,
sin ver a las flores, por ir hacia ti;
y ¿sabes qué haría? —besara tus labios,
que son flor de mi alma, muriéndome allí!
(1889)

LAS PALOMAS

(Théophile Gautier)

Ves? En el valle una palmera altiva
alza a los cielos sus frondosas ramas,
a do en busca de albergue se dirigen
blancas palomas con ligeras alas.

Aletean gozosas y allí duermen;
pero cuando despunta la mañana,
aletean de nuevo, y por el aire
como sarta de perlas se desgranán.

Vuelan al horizonte con presura,
semejando, a lo lejos, nube blanca
que se pierde bien pronto y sólo deja
triste y vago recuerdo dentro el alma.

Pues bien! Cual la palmera de aquel valle
así es mi corazón . . . Visiones blancas
en él buscan albergue por la noche,
pero huyen ¡ay! al resplandor del alba.

Yo las siento volar en loco enjambre
y me estremeco el ruido de sus alas;
me quedo solo, y al pensar en ellas
piensó en tu amor y vierto acerbas lágrimas.

(1890)

NACIMIENTO DE AFRODITA

(*José-María Héredia*)

Profundo aún el caos, con sus densas tinieblas
del tiempo y del espacio velaba la carrera,
cuando Titea dióles a sus titanes hijos
placentera la leche de sus senos divinos.

Los titanes cayeron, y en sus aguas dormidas
los sepultó el Estigia . . . Primavera no había
hecho fulgir a Febo, ni con su savia Estío
madurar las cosechas de los dorados trigos.

Los inmortales dioses en el Olimpo sacro,
moraban, grave el sueño, del bien y el mal ignaros;
y de pronto los cielos de rocío una lluvia

lanzaron sobre el mar . . . Se alumbraron las sombras,
y de sangre de Urano, en la espuma de la onda
nació Afrodita grácil, inmortal y desnuda!

EL BANDOLIN SONORO

(Paul Verlaine)

Los trovadores nocturnos
y las bellas que los oyen,
cabe el florido ramaje
cambian palabras de amores.

Allí Tírsis y allí Aminta,
allí el eterno Clitandro,
y allí Danis, el que a tantas
ingratas cantó sus cantos.

Las cortas vestes de seda
y las faldas de amplia cola,
la elegancia y la alegría,
las raudas y azules sombras,

pasan danzando en el éxtasis
de una luna rosa y gris,
mientras en la brisa ríe
el sonoro bandolín.

DE LAS ROMANZAS SIN PALABRAS

(*Paul Verlaine*)

I

Llanto cae en mi corazón
y cae lluvia en la ciudad . . .
¿Qué lánguida vaguedad
penetra en mi corazón?

Oh dulce rumor de lluvia
en la tierra y en los techos!
Para los hastiados pechos,
Oh la canción de la lluvia!

Llorando está sin razón
mi corazón acongojado . . .
Si nadie lo ha traicionado,
este duelo es sin razón.

En verdad, es grande pena
no saber si por amor
o por profundo rencor,
mi corazón siente pena.

II

La sombra de los árboles
como humor se disipa
en el brumoso río;
mientras tanto, allá arriba
entre las verdes hojas
se querellan las tórtolas.
¡Cuántas veces, viandante,

ese paisaje pálido
palidecer te ha visto,
y lloraban en lo alto,
tristes entre las ramas,
todas tus esperanzas! . . .

ESTRELLAS FIJAS

(*Edgar Allan Poe*)

Plenilunio . . .

Era en junio,

y la noche parecía
casi clara como el día;
y era tibia y olorosa,
y era diáfana y tranquila y silenciosa.

De los cielos,
descendían sobre el parque solitario,
argentados,
opalinos, áureos velos,
que diríase impregnados
de humo blanco de incensario
que, recóndito en el éter soberano,
columpiáse reverente la invisible sacra mano
de algún ángel . . . Ningún ruido
la infinita calma aquella

perturbaba;

—una calma suave y tierna, grave y bella,
de una extraña melodía sin sonido;—
y el ambiente
se embriagaba blandamente,
en un sueño

de delicias amorosas,
saturado del befeño

que las rosas

en el parque exhalaban voluptuosas . . .

Tú, de pronto, apareciste coronada
por los rayos de la luna,
y vestida de blancura toda, toda,

cual si fuera en la noche de tu boda.

Luz perlada,
como una

lluvia diáfana caía

de ti en torno, y en las rosas se prendía,
y aleteaba como un alma
de la atmósfera en la calma,
cual si esa alma diluyera con encanto
en el éter sus suspiros y su llanto.

Toda hermosa, toda blanca

—visión bella como nunca se forjaron los poetas—
te sentaste en una banca
que emergía sobre un fondo de jazmines y violetas.

En tus trenzas caudalosas

se enredaban los fulgores
de la luna, y plateaban a las rosas.

Y mis ojos fijos, fijos, contemplaban hondamente
tu figura, tu romántica figura,

la soñada
por mi mente,
la adorada

por esta alma que está enferma y sin ventura!

Te miraba . . . y en oír ponía empeño;

ni un rumor, ni una pisada,

ni un aliento en la callada

noche clara . . . Todo era

calma y sueño;

ni el susurro de las hojas, ni siquiera

algún soplo vagaroso

de una brisa pasajera

en la hora nocturnal de aquel reposo!

Y pensaba: ¿un hada buena,

tu mirada en las tinieblas! Se diría
 ser de Diana
 un destello que anda huérfano, un destello que va
 errante,
 o que alumbraba ya a la noche el fulgor del nuevo
 día!)

Todo calla, todo muere! Tú y yo sólo de la vida
 somos signo, en el profundo
 gran silencio y en el sueño
 de los cielos y del mundo.
 Tú y yo sólo! ¡quién creyera que tú, unida
 a mi suerte, te encontraras sin que sea yo tu dueño!
 ¡Ah, tus ojos que me miran,
 de firmeza y de dulzura dos portentos,
 que parece que me llaman,
 que me aman,
 que me inspiran

misteriosos pensamientos,
 destacándose en la sombra sus miradas
 deladoras de esperanzas ignoradas
 y de sueños amorosos de una trunca,
 dulce historia que no ha sido, ni será jamás ni
 nunca! . . .

Vaporosa
 como nube, y toda blanca;
 luminosa
 en la noche, ya te alejas,
 y en la banca
 de jazmines y violetas como un lampo de luz dejas;
 y caminas por la senda solitaria,
 cual fantasma funerario . . .
 Pero siempre tu mirada escrutadora
 en el aire tenebroso se dilata
 con su clara luz de luna, ópalo y plata,
 y al espacio y a la sombra los devora.

¡Ah, tus ojos! . . . me contemplan hondamente
y penetran en la tumba de mi duelo,
do reviven esperanzas ya difuntas!
Los admiro extasiado y reverente,
como dos estrellas fijas, como dos estrellas juntas,
que fulguran titilantes en el cielo.
Me persigue, no me deja la solemne,
la perenne
luz que irradia tu mirada, que me envuelve
como en tules, y me absuelve
de mis yerros, y que lanza
en el yermo de mi vida de dolores
sus fulgores
como un iris de consuelo y esperanza.
El destello de tus ojos ni en el día
abandona al alma mía.
De tus ojos las miradas,
hondas, tristes y calladas
desde lejos me contemplan . . . Tú me arrancas
del tormento de mis noches, de mis fúnebres enojos,
con la magia de tus ojos,
como dos estrellas blancas,
siempre fijas, siempre juntas, siempre hermosas,
que me miran amorosas,
silenciosas,
desde el cielo de tu alma, claras siempre sobre
el cielo de mi duelo,
en mis días de nublados y en mis noches borrascosas!

ULALUME

(*Edgar Allan Poe*)

Fue una noche de octubre, el mes de angustias
que va a través del tiempo bajo un cielo
todo gris, sobre sendas de hojas mustias,
a perderse en la sombra con su duelo...
Y a las márgenes fue del tenebroso
Aubér, el más silente de los lagos,
y del Wéir frente al bosque pavoroso,
lleno de espectros y fantasmas vagos.
Solitario con mi alma, pos oscura
senda poblada de cipreses iba...
Iba con mi alma misteriosa y pura,
con Psiquis amorosa y pensativa.
Para mi corazón, de amor vehemente,
era la edad volcánica, y su llama
como la del Yanék que en lava ardiente
en la noche del polo se derrama.
Nos dijimos los dos fases muy suaves,
que fueron silenciosa confidencia,
cosas íntimas, tiernas, tristes, graves
que dejan honda huella en la existencia...
¡Y fue en el triste octubre, entre la oscura
noche, y en la región del tenebroso
lago, y del hocque lleno de pavora,
igual que mi destino doloroso!...

La noche entoldó el cielo con su sombra;
pero, de pronto, en la avenida oscura
tendieron las estrellas una alfombra

tejida de hilos de una luz muy pura.
Tras fantástica nube diamantina,
que fulguró en el éter cual ninguna,
surgió Astarté, la pálida y divina,
la virgen del amor, la blanca luna!
—Y la dije a mi alma: Diana es esa
de los bosques del cielo; cazadora
de las almas, con su arco de turquesa
irá de caza hasta nacer la aurora!
Ardiente y dulce, en armoniosos giros,
la luna boga, blanca y misteriosa,
en un éter de lánguidos suspiros,
con lágrimas de amor su faz radiosa.
Y su llanto cae donde no muere
la vida nunca; y en su raudo vuelo
en busca nuestra viene, porque quiere,
aun a despecho del león del cielo,
cuyas estrellas rauda en su camino
dejó vencidas, —darnos la ventura
de ver en ella un celestial destino
y la paz de Leteo y su dulzura.
Y al fin la dije a mi alma: la mirada
de la pálida luna no me ofusca;
de amor es mensajera; enamorada
;ve con qué suave resplandor nos busca!

Pero Psiquis, los ojos en lo alto,
me replicó, temblando: “De la luna
la palidez me infunde sobresalto
y su tétrico imperio me importuna.
Abandonemos este sitio! urge
que pronto huyamos; el temor me pasma,
porque yo siento que a mi lado surge

algo fúnebre y triste cual fantasma".
 Y se cubrió la fez. Psiquis doliente
 con las alas en lánguido desmayo,
 y eclipsaron sus plumas en su frente
 de la pálida luna el fugaz rayo . . .
 Sollozadora, desolada y mustia,
 la vi, abatidas sus celestes galas,
 reconcentrarse en sí llena de angustia
 y como rotas sus vírgineas alas.
 —Es vano el hondo miedo que te aflije;
 mira esa luz purísima, desciende
 como una bendición, —dulce la dije—
 y es fuego celestial el que la enciende.
 De esa luz los fulgores diamantinos
 que nos bañen; alumbra su pureza
 los encantados célicos caminos
 del amor, la esperanza y la belleza.
 Caigan sobre nosotros sus halagos,
 que augurios son de dones inmortales;
 esa luz, cual la estrella de los Magos,
 simboliza designios celestiales.
 No tomamos seguir sus resplandores
 a través de la bóveda estrellada,
 porque nos llevarán, como entre flores,
 al término triunfal de la jornada.

Y a Psiquis mis palabras y mis besos
 la infundieron quietud y fe de sobra,
 y en medio de sueños y embelesos
 la ruta proseguimos sin zozobra.
 No quedaría mi ilusión ya trunca!
 Fuimos en pos del mágico miraje,
 y llegamos al fin . . . ¡No hubiera nunca

jamás, llegado el término del viaje....
En el confin de la avenida oscura,
que un toldo espeso de cipreses cubre,
la losa de una negra sepultura
detuvo nuestro paso!... ¡Y fue en octubre,
en la noche del mes de las angustias,
que surgió ante nosotros, de repente,
la tumba aquella, entre las hojas mustias,
al fulgor tenue de una luz doliente!...
—Psquis, oh hermana, mira! En esa losa
hay un nombre grabado, y me consume
el ansia de leerlo...

—¡Aquí reposa
para siempre tu pálida Ulalume....
Mi corazón quedó triste y nublado
como el cielo otoñal; hondas congojas
cayeron en tropel sobre el cuitado,
como en octubre gris las secas hojas.
Y díjeme: ¡fue la noche amarga
del mes infausto, en que el destino impio
a estos sitios me trajo con la carga
de mi dolor y el infortunio mío!
Reconozco el lugar... Entre la niebla
estanca el lago Aubér sus muertas ondas,
y una legión de espectros ronda y puebla
del bosque Wéir las pavorosas frondas...
(¿1889?)

LA FLECHA Y EL CANTO

(Henry Wadsworth Longfellow)

Una flecha arrojé del arco de oro,
la vi un punto brillar, y se perdió;
me fue imposible perseguir su vuelo,
pues el espacio rápida cruzó.

Luego a los aires arrojé mi canto
al sencillo compás de mi laúd;
pero no pude perseguir su vuelo,
porque perdióse en el confin azul.

Muchos años después, la flecha de oro
intacta en una encina la encontré;
y la canción perdida de mi alma
en tu amoroso corazón la hallé!

IDILIO

(*Henry Wadsworth Longfellow*)

Vamos, amada, por entre los trigales!
Ya soplan las brisas
del mes del amor;
y suenan muy suaves entre los rosales,
besando sus rosas
con dulce pasión.
Corramos en busca de cosas aladas,
tras las mariposas
que vuelan allí;
cabe los pinares de ramas mojadas
por lluvia temprana,
brillante y sutil.
Oirás en el bosque las cosas que expresan
la fuente y el ave,
el viento y la luz....
Veré, mientras tanto mis labios te besan,
copiada en tus ojos
la bóveda azul....
No tiembles, amada! Te ofrezco mi auxilio;
reclina en mi pecho
tu pálida sien...
Tus flores de virgen, en medio el idilio,
su aroma despiden,
cayendo a mis pies...